

LOS PAÍSES BÁLTICOS

y su agenda internacional

Alfonso López Araujo*



Los Países Bálticos (Estonia, Letonia y Lituania) poseen una historia difícil, llena de vicisitudes, que ha forjado en sus habitantes una férrea voluntad de ser libres. Independencia, autonomía son términos sinónimos que normalmente se escuchan en sus calles o son repetidos por autoridades en conversaciones y discursos.

Es que se trata de pueblos que tienen un auténtico hambre de libertad. Los cortos períodos en los cuales han podido disfrutar de

ella, de 1918 a 1940, y de 1991 a la fecha, no han sido suficientes para asegurarles que la provisión de este indispensable alimento espiritual no les será cortada.

Son tres países distintos, conformados por pueblos diferentes en su etnia, en su cultura y en su lengua, pero a los que una larga cadena de acontecimientos, así como la vecindad geográfica ha unidos de manera muy estrecha.

Si repasamos brevemente su historia, comprenderemos fácilmente este fenómeno.

(*) Embajador del Ecuador en Suecia, concurrente en Estonia, Letonia y Lituania.

A **Estonia** —la tierra de los Est, de la que nos habla Tácito— la encontramos ya invadida a inicios del siglo XIII, cuando el Rey Waldemar II de Dinamarca establece la sede episcopal de Reval y construye el famoso castillo-fortaleza de Tallin. Un cuarto de siglo más tarde, esos territorios son vendidos a la Orden religiosa y militar de los Caballeros Teutónicos del Hospital de Santa María en Jerusalén, quienes, junto con los mercaderes hanseáticos, dominan por completo el país; hasta que, en 1561, cuando la Orden fue, en esos lugares, disuelta¹, pasan dichos territorios a convertirse en un protectorado sueco.

Suecia gobernó Estonia hasta 1721, cuando fue cedida al Zar Pedro El Grande. El dominio ruso se extendió hasta el 24 de febrero de 1918, cuando se proclamó como República independiente. Luego de una corta guerra contra los bolcheviques, se firma el Tratado de Paz de Tartu entre Rusia y Estonia, el 2 de febrero de 1920, por el que toda pretensión rusa sobre territorio estonio quedó, supuestamente, abandonada.

Estonia, entonces, no sólo que obtuvo el reconocimiento de muchas potencias sino que, inclusive,

fue miembro de la Liga de las Naciones.

En junio de 1940, Estonia, junto con Letonia y Lituania, fue invadida por fuerzas soviéticas y, luego de unas elecciones forzadas, el 6 de agosto de 1940 pasó a convertirse en país miembro de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, habiendo sido ocupada por tropas alemanas de 1941 a 1944. Desde el retiro de los nazis hasta la caída del Muro de Berlín, Estonia permaneció inalterablemente bajo dominio soviético.

El 6 de septiembre de 1991, el Gobierno soviético formalmente reconoció la independencia de los tres países bálticos y un mes más tarde pasaron a formar parte de las Naciones Unidas.

No obstante, varios problemas han surgido entre Estonia y la actual Federación Rusa, los mismos que se refieren tanto a disputas de carácter fronterizo, como a la situación de la minoría rusa que comprende a un 30% de la población. En efecto, la frontera este con Rusia ha sido objeto de una disputa, que tiene sus orígenes en 1945, cuando la Unión Soviética transfirió alrededor del 5 por ciento de territorio estonio a la República Soviético Socialista de Rusia,

1) La Orden continuó su existencia hasta 1809, en el sur de Alemania, cuando fue disuelta por orden de Napoleón. Reinició sus actividades en Austria, en 1834, como Orden dedicada a la caridad y a la ayuda a los enfermos, calidad en la que subsiste hasta hoy en día. Tiene su sede en Viena.

territorio que las autoridades estonias reclaman sea devuelto. El Gobierno de Estonia ha llegado, inclusive, a otorgar pasaportes a ciudadanos de habla estonia residentes en dichos territorios, lo que ha motivado la acusación rusa de que Estonia está tratando de anexionar territorio de la Federación Rusa.

El caso de Letonia es bastante similar. El pueblo radicado en su territorio se conformó desde tiempos tan remotos como 6.000 a.c., con la tribu de los Livs, un grupo ugrofinés; más tarde, por el 2.500 a.c., llegaría la tribu de los Letts, pueblo indoeuropeo que, con el correr del tiempo, terminaría por asimilarse a los primeros.

Al comienzo del siglo XIII, con la intervención de los Caballeros de la Espada, cruzados germanos enviados por el Papa Inocencio III, empieza no sólo la conversión de este pueblo al cristianismo sino, además, un largo período de subyugación ante pueblos extranjeros, fundamentalmente germanos, polacos, suecos y rusos.

En efecto, desde 1237 hasta 1561, Letonia fue parte de la Livonia, dominio de los Caballeros Teutónicos; al desaparecer la Livonia, Polonia absorbió las Provincias norteñas de Latgale y de Vidzeme; mientras que las Provincias del sur-oeste, Kurzeme y Zemgale

conformaron el Ducado "independiente" de Kurland, controlado de cerca también por Polonia. Suecia conquistó Riga y Vidzeme en 1621, pero casi un siglo más tarde las pierde ante Rusia, país que, para fines del siglo XVIII controla ya todo el territorio de Letonia.

Igual que sucedió con Estonia, aunque meses más tarde, Letonia se proclama República independiente el 19 de noviembre de 1918. Luego de una relativamente corta invasión soviética, en 1920 se firma el tratado de paz letón-ruso, por el cual Rusia se compromete a respetar la soberanía de Letonia. Sin embargo, durante la Segunda Guerra, en 1940, la URSS, luego de acusar a Letonia de conformar un frente antisoviético con Estonia, invade nuevamente su territorio, provoca elecciones arregladas que le dan un gobierno comunista. Luego de cuatro años de ocupación nazi, Letonia se convierte en la décimoquinta República de la URSS.

De allí en adelante, la historia es idéntica a la de Estonia, como la será también la de Lituania.

Algunos estudiosos creen que los lituanos habitaron esta región del Mar Báltico desde tan temprano como 2.500 años antes de Cristo; otros creen que su migración es de apenas el primer siglo de es-

ta era. Su nombre lo encontramos por primera vez en un manuscrito prusiano del 1009, la Crónica de Quedlinburg.

Este país difiere de los otros en su historia durante la Edad Media y hasta el siglo XVIII, en el hecho de que pudo crear y sostener su propio Estado, el Gran Ducado de Lituania.

Su territorio, a comienzos del siglo XV, llegaba a más de un millón de kilómetros cuadrados, y su poder político y militar le convertía en una de las grandes potencias de esa parte de Europa. Esto le permitió oponerse con éxito a la agresión de los Caballeros Teutónicos y alcanzar, junto con Polonia, la victoria decisiva sobre la Orden en la batalla de Gruenwald, en 1410.

Una dinastía lituana, la de los Jagiello (Jogailaici), a más de gobernar Lituania, ostentó el trono en Polonia durante 200 años, desde finales del siglo XIV, y a comienzos del siglo XVI también en Bohemia y Hungría. Sin embargo, el Gran Ducado de Lituania permaneció como Estado independiente sólo hasta la segunda mitad del siglo XVI, cuando el poderío del Estado Ruso se hizo cada vez más notorio, lo que forzó a Lituania a forjar una unión con Polonia. Así, en 1569, mediante la Unión de Lublin, se establece un

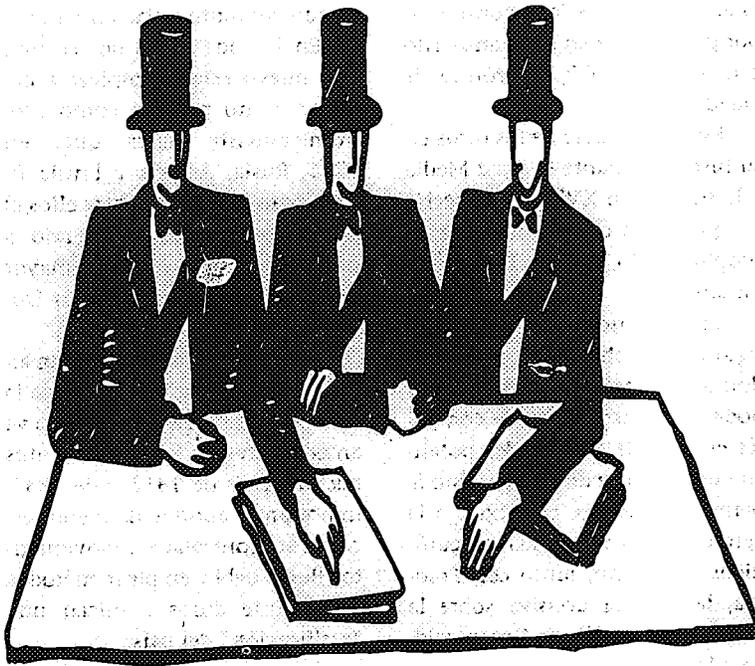
Estado conjunto polaco-lituano.

En los dos siglos posteriores, este nuevo Estado empieza a declinar, tanto política como económicamente hasta que, en 1795, Rusia, Austria y Prusia finalmente se dividen entre ellos el Estado polaco-lituano, yendo a parar en manos rusas la mayor parte del territorio del Gran Ducado de Lituania.

En 1863 se produce un gran alzamiento popular en contra de la opresión rusa, que había tenido ya antecedentes en los movimientos nacionalistas de 1812 y de 1831, importantes aunque de menor escala. Para controlar ese movimiento, Rusia debió emplear métodos sumamente duros e iniciar una "rusificación" del país.

A fines de la I Gran Guerra, el 16 de febrero de 1919, todavía bajo la ocupación alemana, el Consejo de Lituania proclama la reconstitución del Estado independiente de Lituania. En agosto de 1922, la Asamblea Constituyente aprueba la Constitución que proclama al país como una república democrática, dando comienzo a un corto período de vida independiente.

Luego de la subida al poder en Alemania de Adolfo Hitler, empieza las fricciones entre este país y Lituania por la ciudad de Memel, hoy Klaipėda, único puerto litua-



no sobre el Báltico. De allí que, al iniciarse la II Guerra, y luego de que Polonia queda dividida entre la Unión Soviética y Alemania, Lituania suscribe un tratado de mutua asistencia con la URSS en octubre de 1939.

El 15 de junio de 1940, de conformidad con el Pacto Molotov - Ribbentrop, la Unión Soviética invade la República de Lituania y la anexa. Se establece un Gobierno títere que solicita la incorporación de Lituania a la Unión Soviética, solicitud que es

concedida el 3 de agosto del mismo año. Varias potencias democráticas, entre ellas los Estados Unidos de América, se negaron a reconocer tal incorporación.

En el período que transcurre entre 1940 y 1953, Lituania fue ocupada tres veces: en 1940 -como ya se ha mencionado-, por la URSS; en 1941, por Alemania; y en 1944, otra vez por la Unión Soviética. Cada una de estas ocupaciones fue acompañada por una suerte de genocidios que produjeron, por su parte, resistencia armada

que duró por una década, después de terminada la II Guerra Mundial. Lituania perdió el treinta por ciento de su población, lo que constituye una de las pérdidas humanas más importantes sufridas en Europa.

En efecto, las cifras son escalofriantes. En el primer semestre de 1941, se produce la repatriación de lituanos de origen germano (50.000 personas); así como la deportación en masa de 35.000 personas a la Unión Soviética. De 1941 a 1944, el genocidio nazi de la nación judía produjo en Lituania la pérdida de 250.000 personas. Entre 1943 y 1944, 10.000 personas fueron deportadas para cumplir trabajos forzados en Alemania y 60.000 emigraron al Oeste en búsqueda de libertad. En 1945, emigran 140.000 habitantes de la región de Klaipėda. Entre 1945 y 1946, fueron deportados a Polonia ("repatriados") 200.000 lituanos de origen polaco. Durante el período 1945 - 1953, se produce una deportación en masa de 250.000 personas hacia Siberia y otras áreas del este de la URSS. De 1941 a 1951, mueren aproximadamente 50.000 participantes en la resistencia, así como 25.000 ciudadanos colaboradores o sospechosos de colaborar con la Unión Soviética.

A finales de la década pasada,

los rápidos y profundos cambios que empiezan a experimentar la URSS y la Europa del Este, en general, desatan el resurgimiento del nacionalismo lituano, y báltico, en general. El 23 de agosto de 1989 tiene lugar una acción de protesta, que reúne a 2 millones de personas que forman una cadena humana a lo largo de los 650 kilómetros de la carretera entre Vilnius y Tallin. En la elección para el Supremo Soviet de la República Socialista Soviética de Lituania, 106 de los 141 diputados electos pertenecen al movimiento independentista. El 11 de marzo de 1990, el Consejo Supremo declara la independencia de la República de Lituania, pero la URSS usa su poder económico, político y militar para mantener a Lituania dentro de la Unión. Pero una vez que se produce el colapso del comunismo, el 6 de septiembre de 1991 se concede formalmente la independencia a los tres países bálticos, los mismos que fueron admitidos como miembros de la Naciones Unidas el 17 de septiembre de 1991.

La rápida mirada a la historia de estas tres naciones que acabamos de dar nos permite comprender que el concepto "seguridad" sea la base de toda su política exterior, lo que les lleva a manejar una agenda internacional común.

Este concepto encierra varios principios fundamentales que, en sí, son simples, pero que su aplicación implica un cambio importante en la geopolítica de la región.

Como los definió el Ministro de Relaciones Exteriores de Lituania, Algirdas Saudargas, durante la Segunda Conferencia anual sobre Seguridad y Cooperación en el Mar Báltico, que tuvo lugar en Estocolmo el 6 de noviembre de 1997, esos principios fundamentales son: "Primero, la seguridad europea es indivisible y no puede ser regionalizada. Segundo, el compromiso de respetar los principios actualmente vigentes y el uso de las instituciones existentes. Y, Tercero, el respeto al derecho que tiene cada país de escoger y aplicar mecanismos de seguridad".

Indivisibilidad de la seguridad

La percepción de la indivisibilidad la basan en una historia europea común, en los valores compartidos de la democracia, en el interés general de hacer de Europa un continente más estable, seguro y predecible; así como la necesidad, también común, de traer claridad a la red emergente de instituciones que coactúan en dicho escenario.

La historia ha probado, sostiene Saudargas, que la integración

europea y la presencia activa de los Estados Unidos en Europa han sido los factores más importantes para proveer seguridad y estabilidad en el continente. Por ello, la promoción y fortalecimiento de la transparencia y de la confianza, dentro del diálogo que se lleva a cabo en la región del Mar Báltico, debe ser llevada a cabo en el amplio marco de instituciones euroatlánticas, tales como el Consejo de Europa, la Unión Europea, la OTAN, el Consejo de los Estados Bálticos, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, entre otros.

En esta línea de pensamiento, Estonia, Letonia y Lituania sostienen que el tema de la estabilidad y la confianza en el área del Báltico no puede ser manejado por fuera de los procesos de integración. Con firmeza, sostienen que no existe una seguridad báltica, sino una seguridad común y de responsabilidad general a todas las naciones europeas.

Respeto a los principios e instituciones vigentes

La adhesión a los principios de derecho internacional universalmente admitidos, consagrados en la Carta de las Naciones Unidas y en los documentos de la OSCE, es un importante requisito para el fortalecimiento de la confianza en

Europa y en varias de sus regiones. Pero más allá de la adhesión a esos principios, sostienen los tres países bálticos, cada país debería siempre hacer un uso completo y adecuado de las instituciones ya existentes, con miras a poner en práctica nuevas ideas e iniciativas.

Respeto al derecho de escoger y aplicar mecanismos de seguridad

Sostiene Saudargas, y con él los portavoces de Estonia y Letonia, que la estructura de la seguridad europea es cooperativa, en espíritu, y multilateral, en su forma. Dentro de esta armazón, ocupa un lugar preponderante el principio universalmente aceptado de que cada país tiene derecho a escoger libremente su propia orientación en cuanto a su política de seguridad, lo que significa, entre otras cosas, la posibilidad de integrarse a alianzas. Para reforzar esta línea de pensamiento, el Canciller lituano recuerda que en el Tratado sobre las Bases para la Relación entre los Estados Lituano y Ruso, firmado el 29 de julio de 1991, ambas partes se reconocieron el derecho de escoger, de manera independiente, los medios para garantizar su propia seguridad, así como se comprometieron a abstenerse del uso o amenaza de la fuerza y a respetar la soberanía, la integridad

territorial y la inviolabilidad de las fronteras.

Ante iguales necesidades, una agenda común

El deseo y la necesidad de llevar a la práctica las premisas arriba establecidas llevan a los países bálticos a tener una evidente Agenda internacional común. Varias son las metas fijadas hacia las que marchan concertadamente con evidente ahínco. De entre ellas destacan el llegar a ser miembros plenos de la OTAN, de la Unión Europea y de la OMC.

Su deseo de ser parte de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, OTAN, es fácilmente entendible. El paraguas norteamericano neutralizaría el peligro de cualquier tormenta proveniente del Este. Pero es, al momento, la meta más difícil de alcanzar ya que, al propio tiempo, implica el llevar a la Alianza a las puertas mismas de la Federación Rusa.

No se puede olvidar un detalle de extrema importancia: Rusia es también un Estado báltico. Por ende, la seguridad de la región debe contemplar también la seguridad de Rusia.

En la Cumbre de Madrid, llevada a efecto en julio de 1997, la OTAN dio un paso muy significativo al abrir sus puertas a tres paí-

ses: la República Checa, Hungría y Polonia; pero esas puertas no se cerraron. Si analizamos el texto de la Declaración de Madrid, encontraremos que varios países son mencionados por el progreso que han efectuado, entre ellos los bálticos. Para 1999 se prevé una nueva revisión, en la que podrían ser invitados estos tres países, siempre y cuando hayan efectuado un marcado progreso en la construcción de sus fuerzas de defensa y hayan mejorado sustancialmente sus relaciones con Rusia.

Sobre este último punto, cabe mencionar que sólo Lituania ha concluido un Tratado de Límites con la Federación Rusa, el mismo que fue suscrito recientemente, el 24 de octubre de 1997.

Igualmente importante para los tres países bálticos es llegar a ser miembros de la Unión Europea, especialmente por la manera en que esta última encara amenazas "suaves" a la seguridad. Este tipo de amenazas, generalmente no ponen en grave peligro la existencia misma de los Estados, sino que

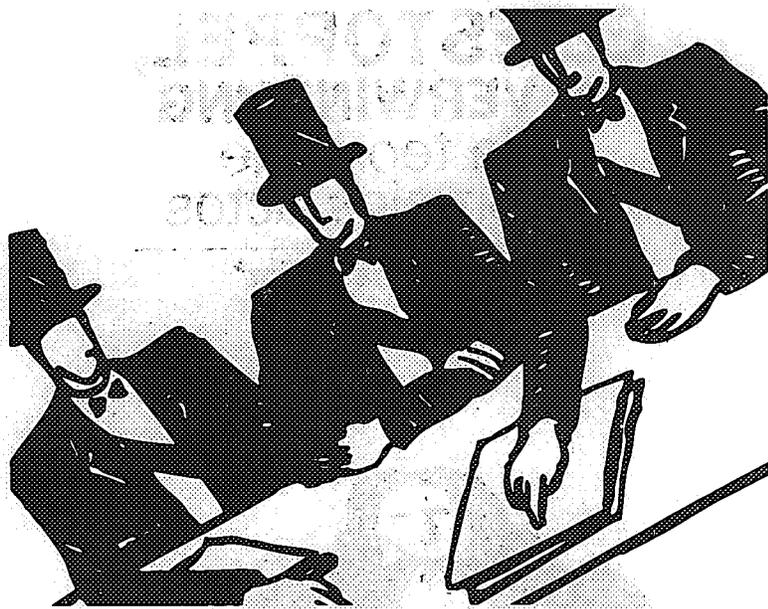
atacan a fragmentos o a vastos sectores de la sociedad y a sus valores, con el efecto desestabilizante que ello tiene. Economías débiles o inestables, el tráfico de drogas o de armas, la migración ilegal, los peligros medioambientales son, entre otros, temas que maneja la Unión Europea y que, con su ayuda y monitoreo, Estonia, Letonia y Lituania podrían verse favorecidos.

Además, el formar parte de la UE restablecería y fortalecería su identidad europea, aseguraría y desarrollaría la transición política y económica, formando la base de su futuro desarrollo económico.

Finalmente, el culminar a la brevedad posible el proceso de adhesión a la Organización Mundial del Comercio, OMC, representa la posibilidad de ampliar y mejorar las condiciones de su incipiente comercio exterior y, obviamente, de su economía global.

Stephen Larrabee, miembro del Departamento de Política Internacional de la Corporación RAND, expresó durante su inter-

2) "La Alianza reconoce la necesidad de construir una mayor estabilidad, seguridad y cooperación regionales en los países del sudeste de Europa, y en promover su cada vez mayor integración dentro de la comunidad euro-atlántica. Al mismo tiempo, reconocemos el progreso hacia una mayor estabilidad y cooperación, logrado por los Estados de la región del Báltico, que son también aspirantes a miembros. Cuando miremos hacia el futuro de la Alianza, el progreso que se logre hacia esos objetivos será importante para nuestra meta última de una Europa libre, próspera e íntegra, en paz" (Extracto de la Declaración sobre Seguridad y Cooperación Euro-Atlántica, suscrita por los Jefes de Estado y de Gobierno de los países miembros de la OTAN, en Madrid, el 8 de julio de 1997).



vención durante la II Conferencia Anual sobre Seguridad y Cooperación en el Mar Báltico que "la meta de la política occidental debería ser el crear una red de lazos y relaciones en la región del Mar Báltico, en varios niveles, que incluya a Rusia, y que, de manera creciente, lleve a Rusia hacia las estructuras regionales". Evidentemente, si se hiciera ese esfuerzo, el nivel de seguridad de Estonia, Letonia y Lituania subiría notablemente, y con él, el del resto de Europa.

El ex Vicepresidente de los Estados Unidos de América, Humbert Humprey, dijo alguna vez que

"la lucha por alcanzar la paz se parece a la construcción de las grandes catedrales. Es el trabajo de una generación. Para su concepción se requiere de un gran arquitecto. Para su ejecución, del trabajo de muchos". El concepto de la seguridad y unidad europeas ha tenido muchos grandes arquitectos (Mónnet, Shumann, Adenauer, Marshall, por citar algunos). No cabe duda que todos están poniendo el hombro para construir esta gran catedral en los Países Bálticos y en Rusia.